

LOS VENCIDOS

Daba de lleno sobre la plaza un sol africano. Aunque entrado el otoño, no corría un soplo de viento y era el día tan ardoroso como en plena canícula. Pese á lo cual, se había congregado allí todo el pueblo, aguantando á pie firme la solana y caldeándose en la atmósfera bochornosa de un rezagado estío. El mismo dueño de la abacería, el hombre más impasible de Torreparda, el tío *Todo*, había cerrado su tendezuela y apartado consigo la llave y la muda, hecho inusitado, que mostraba bien á las claras que algo ocurría allí de extraordinario y anormal.

En un extremo de la plaza, Diego el albéitar y el sacristán parecían departir ó más bien disputar á tente bonete; en otro, Juanillo, con su mujer y toda la nidada de mocosos, charlaba y reía con la jovialidad del espíritu sano. Y, por fin, el señor

Alcalde, daba vueltas, iba y venía, formulando órdenes, haciendo advertencias, amonestando á la gentualla y dispersando á la chiquillería, que le contemplaba embobada, ir y venir como lanzadera en telar, todo endomingado, con su traje negro de vicuña y en la diestra el bastón indiano con cilindro de plata.

La *Geta* y Nicasio iban á ser trasladados, desde los calabozos de la pretenciosamente llamada casa consistorial, á la cárcel de partido de Hontanera, por *tránsitos* de la Guardia civil. Tal era el motivo de aquella agitación. Desde que se corrieron las últimas *vaquillas*, no se había visto parecida animación en la plaza, convertida en tan memorable ocasión en coso y hogaño en zoco.

Paróse el señor Damián ante la portalada de una vivienda enana, de aspecto destartado y ancho ingreso y, mirando á su balcón único, en que se embobaban una vieja lugareña y un chico de unos seis años, de flácidas carnes y aspecto enfermizo, que no era sino el retoño, gritó en voz alta:

— Dolores: ¡á ver si pones pronto una gorra al chico, que va á coger una insolación!

Maldito si Dolores ni el chico hicieron de la admonición caso alguno; ella ensimismada en ver al cabo de la Guardia civil que se acercaba en aquel momento al Alcalde, en traje de marcha y actitud de recibir instrucciones, y el pequeño obs-

tinado en meter su cabeza de cretino por entre los hierros del balconaje para ver mejor no sé qué. ¡Cualquiera adivina lo que miran los chicos cuando su cabeza está mal conformada y el sol les calienta los cascos!

Notóse de pronto en la muchedumbre un movimiento de concentración hacia la puerta de la casa consistorial y, en su dintel, aparecieron entre dos guardias, de enfundados tricornios, polainas abotonadas y fusiles en bandolera, los infelices presos. Iban atados uno á otro fuertemente con un cordel que se enroscaba á uno de sus brazos. El hombre, joven, fuerte, vigoroso, mostrábase avergonzado y triste. Sus mejillas estaban encendidas y en sus ojos temblaba una lágrima. La mujer, débil, casi decrepita, miraba á todas partes con impudicicia y descaró, como si aquel episodio de vergüenza fuera, en su vida maleante, uno de tantos que no merecieran ni atención ni menos pesadumbre.

Y ¡fenómeno extraño que debiera anotarse como dato para estudiar la psicología de las muchedumbres! Casi todos los espectadores de aquel lamentable desfile, digno del pincel de López Mezquita, prorrumpieron en denuestos é injurias... ¿contra la vieja abominable, la vil instigadora, la autora material del crimen? No, sino contra Nicasio, el ofuscado cómplice, el delincuente sugestionado y luego arrepentido, Nicasio en fin, que con un pequeño petate á la espalda, bajaba la cabeza

y cerraba los ojos para no ver el camino de su propio calvario.

— ¡Pillo, granuja, sinvergüenza! — increpábanle los más piadosos.

Á la *Geta* nadie quiso insultarla. Con ella se ausentaba la sabrosa chismografía, la burla sangrienta, la sátira mordaz. Ó ¿quién sabe? quizás la muchedumbre sentía ese mudo respeto que la mujer inspira hasta cuando rueda en el lodo. Hay que esperarlo así por honor de la especie. Ante el espectáculo de una mujer que ha bajado hasta el polvo de las penitenciarías, que pasea sus canas y sus andrajos por las carreteras polvorientas, entre guardias duros de corazón y malhechores sin entrañas, surge siempre algo así como un remordimiento colectivo. ¿Qué hubiera sido aquella mujer, si la sociedad le hubiera dignificado y proporcionado pan y cultura, si un hombre generoso le hubiera cogido á tiempo de la mano para encaminarla por la senda del amor y de la virtud?

Miró la vieja á todos con desprecio insolente y echó á andar con sus pies descalzos, mal velados por su saya andrajosa. No faltó quien le dijo al pasar con cierto afecto:

— Adiós, señora Sebastiana.

Por primera vez dejaba para el pueblo de ser la tía *Geta*. Ella ni siquiera hizo caso de aquel honor tardío.

En cambio el paso de Nicasio fué saludado con

gritos y silbidos. Entre tantos enemigos y curiosos, sólo uno adelantóse hasta el infeliz con paso firme. Era el pequeño Nicanor. Depositó una moneda en la mano que el preso llevaba libre y dándole una palmada afectuosa en el hombro, le dijo muy bajito:

— ¡Animo, Nicasio: aun puedes ser hombre de bien!

Entonces Nicasio lloró y la gente cesó en los insultos, como si comprendiera todo el alcance de la lección de humanidad que recibía del valeroso y compasivo muchacho. El mismo cabo de la Guardia civil tuvo una inspiración feliz. Desató la cuerda del brazo de Nicasio y la unió al otro brazo de la *Geta*.

Dobló el grupo la esquina en que estaba la tienda del tío *Todo*, y ya se disponía á seguirle el Alcalde, cuando un grito que partió del balcón de su casa le hizo primero volver la cabeza y después emprender hacia la casa una carrera rapidísima.

Todo el pueblo miraba al balcón. Dolores había lanzado el grito al ver al chiquillo del señor Damián llevarse de pronto las manos á la cabeza y caer en el interior de la habitación desplomado.

■■■■■■■■■■

XII

EN QUE SE DEMUESTRA QUE TAMBIÉN
ES HOMBRE UN ALCALDE

Hubo que cerrar las puertas á piedra y lodo para evitar que se precipitara el pueblo entero en casa del señor Damián. Consiguieron entrar sin embargo Juanillo, su mujer, que había dejado los niños al cuidado de Nicanor y Diego el albéitar, en tanto que un mozo del pueblo iba á buscar al médico que debía estar en casa de don Enrique.

Entre todos llevaron al niño congestionado á su cuna. El señor Damián golpeábase las sienes con furia. Aunque incapaz de grandes afectos, había concentrado en el niño todos aquellos que podía sentir. Paseaba de un lado á otro, rugiendo de dolor é impaciencia. Diego salióle al paso en una de aquellas vueltas de hiena y le dijo con su cachaza habitual:

— Señor Damián: ¿tiene usted sinapismos?

— ¡Animal, bruto! — bramó el Alcalde. — ¿Vas á meterte tú á recetar á mi hijo? ¿Crees acaso que es alguna caballería?

— Yo no sé — contestó el así interpelado, — sino que, por no cogerla á tiempo se anega la parva y que do no hay cabeza fresca los pies demandan yesca.

— Pues yo te repito — saltó el señor Damián — que no te metas en lo que no te incumbe y que te vayas á herrar á la fragua.

— Bueno — contestó Diego sin alterarse. — Si el chico se muere por no atenderle á tiempo, de usted será la culpa.

Quedóse indeciso un momento el Alcalde y, por fin, entregando una llave al albéitar, le dijo:

— Toma: en aquella alacena los tienes; y así el diablo te lleve á ti y á tus refranes.

Catalina se había instalado desde el primer momento junto á la cabecera del enfermito. Comenzó por empapar trapos en agua fresca y colocarlos sobre la frente del niño aletargado, cuidando de renovarlos con mucha frecuencia. Luego, mientras llegaban los revulsivos que ella colocó cuidadosamente, friccionó fuertemente las piernecitas delgadas del hijo del señor Damián.

Todos sus instintos maternales habían despertado ante aquella desgracia imprevista. Su cara resplandecía con esa expresión dulce y amorosa que parece como que las cunas reflejan en los ros-

tros de las mujeres fecundas. Después, arrojando al enfermo y arrojando sobre sus pies cuanta ropa halló á mano, volvióse al Alcalde, diciéndole en tono imperativo:

— Que traigan enseguida un cubo de agua del pozo más fresco. Y todos ustedes á quitarse de enmedio y á abrir la ventana para que corra el aire.

Todos obedecieron inmediatamente y sin réplica. En el peligro no hay jerarquías. Es decir, sí las hay, pero es la naturaleza quien las discierne. Por eso, los grandes caudillos han surgido en las supremas crisis históricas.

Abrió la ventana el señor Damián. Miraba á Catalina, no ya con pasión ni deseo, sino con un respeto mezclado de gratitud. Al verla tan tierna, tan misericordiosa, tan santa, olvidando enojos y agravios, sentía subir en oleadas hasta su frente el calor de una gran vergüenza. Tal vez el instinto le decía que, entre él, agobiado de culpas que quizá habrían acarreado por herencia la enfermedad del niño, y aquella mujer ofendida, que lo olvidaba todo para salvarle, quien menos valía y quien menos autoridad podía invocar era él.

— No estaría de más — saltó Diego — que pudiéramos al chiquillo junto á las plantas de los pies, dos botellas de agua bien caliente.

— Si supiéramos que eso iba á aprovecharle... — interrumpió Juanillo.

— Tú déjame á mí — repuso el albéitar; — que

golpe de madre y agua caliente, no mata gente, y bien conoce el real el chamarilero.

— También se ha dicho — replicó el de la fragua bromeando, — que zapatero á tus zapatos.

— Eso era allá en tiempo de la bruja Grindona y camino de Algete — interrumpió el albéitar, que no cejaba en punto á inventar modismos, — pero yo bien sé que, donde hay cierzo, carrasca falta y que no se perderá el hato por una esquila.

Entró en esto el médico de Hontanera. Era un buen señor de fisonomía tranquila é inteligente, como hecha á nublarse sobre el libro ó sobre la desgracia, los dos grandes educadores. Pasó á la alcoba y comenzó á reconocer al enfermo.

Al cabo de un rato empleado en un examen minucioso, volvióse al señor Damián que le miraba con ansiedad y pronunció con frase reposada:

— Ha sido un principio de meningitis, provocada por los rayos del sol sobre la cabeza descubierta. Hay que tener mucho cuidado con este niño. Está muy débil y ha heredado gérmenes que conviene extirpar.

El Alcalde bajó la cabeza como avergonzado.

— Voy á recetar un laxante. Sigán ustedes colocando paños empapados en agua fría sobre la frente y nuca. Si se presenta recargo, habrá que aplicarle nuevos revulsivos y sanguijuelas detrás de las orejas. Luego ya dispondré lo que sea oportuno.

Después, mirando á Diego, le interrogó:

— ¿Quién ha dispuesto que se hiciera lo que se ha hecho?

Diego, temeroso, apenas si supo balbucir estas palabras, señalando á Catalina:

— La señora y yo.

— ¿Cómo han sabido ustedes de qué se trataba? — siguió el doctor rural.

— Señor — contestó Catalina: — tengo muchos hijos.

— Y yo muchos refranes — agregó el aspirante á veterinario.

Sorprendió la contestación al médico. Después de unos instantes de reflexión, pronunció entre dientes:

— No está mal contestado. Siempre habrá que volver á la observación ó al instinto.

— Juanillo — dijo la herrera, una vez que el médico hubo salido. — Vete, que yo me quedo á cuidar al chico.

Poco después quedaban solos ella y el Alcalde. Catalina, silenciosa en la alcoba, á la cabecera del enfermito que había roto en sudor copioso: el Alcalde en la habitación inmediata, paseándose agitadamente, como si en su cerebro germinara una idea vaga que no acertaba á condensarse.

Varias veces pasó por la puerta del dormitorio sin atreverse á entrar. Catalina mudaba los paños al niño, cuidaba de que los pies estuviesen calientes, velaba por que no le ofendiese la luz.

El señor Damián la miraba hacer desde la puerta y luego volvía á sus paseos lleno de agitación.

Por fin, no pudo contenerse y entró.

La herrera depositaba en aquel momento un tierno beso en las pálidas manecitas del niño.

— Catalina — balbució el Alcalde aturdido: — tú eres muy buena.

— Soy — dijo ella con seria dignidad — como son todas las mujeres.

El señor Damián estaba verdaderamente conmovido. Enjugó con el pañuelo en sus ojos dos lágrimas y dijo á la mujer honrada y piadosa:

— Catalina... ¿quieres perdonarme?

Y ella con voz dulce, exenta de rencor y dureza, le contestó en seguida:

— Está usted perdonado, señor Damián.

■■■■■■■■■■

XIII

LA TORMENTA VIENE

Parecía dormir Enrique. Sin embargo, bastó que entreabriera la puerta Octavia para que levantara al punto los párpados. Ella entonces se adelantó hasta el lecho y con inflexión cariñosa le dijo:

— ¿No te encuentras mejor?

— No lo sé — contestó el enfermo. — La herida apenas si me molesta; pero siento un malestar indecible.

— ¿Quieres que entorne las maderas para intentar conciliar otra vez el sueño?

— No. Tengo que hablarte.

Octavia palideció. Temía desde hacía dos meses aquella conferencia. No lo demostró, sin embargo. Con humildad serena acercó á la cama un sillón y reclinóse en él.

— Querida — comenzó Enrique, incorporándose

para apoyar su mano en la barba: — Durante varios años he vivido en cierto aislamiento egoísta que me impedía ver claramente lo que pasaba en ti. Era feliz y juzgaba que tú debías serlo asimismo. Hoy, después de haber pasado muchas noches en vela, durante las cuales he podido reflexionar acerca de muchas cosas en las cuales antes no paraba mientes, tengo que hacerte una pregunta.

— Veamos — dijo Octavia sonriente, pero con inquietud notoria.

— ¿Estás satisfecha de mí? — preguntó el herido. — ¿No echas algo á mi lado de menos?

Octavia vaciló antes de responder. Su situación era comprometida y su perspicacia no podía dejar de notar lo.

— Nada — dijo. — Estoy agradecida á tu afecto.

— ¿Agradecida nada más?

— Y contenta. Nada echo á tu lado de menos.

— ¿De veras?

— De veras.

Calló Enrique por unos instantes. Debía tener algún plan meditado. Mas no sabía que con ciertas mujeres no sirven planes.

— Pues bien — siguió; — yo quiero suponer que te equivocas.

— No. Estoy segura de lo que digo — afirmó Octavia resueltamente.

— Pues bien, te engañas — dijo Enrique con frialdad. — Yo mismo he creído, durante mucho tiempo, que una mujer rodeada de cariño, de comodidades, de bienestar, al lado de un hombre que le hubiera dado un nombre y una posición, nada podía desear. Pero nuestra ambición es insaciable. Esa mujer feliz, envidiada por todos, aun puede echar de menos...

— ¿Qué? — preguntó Octavia afectando indiferencia.

— Un hijo.

Sintió Octavia una violenta sacudida. Fué cuestión de segundos. Sonrojóse y después sonrió mientras brillaba en sus ojos un fuego extraño. También ella tenía su plan.

— ¿Un hijo?

— Sí, un hijo á quien acariciar, por quien sacrificarse; un hijo á quien dejar nombre y fortuna, que nos consuele en las adversidades y que nos impida caer cuando á nuestros pies encontramos una pendiente.

— No, Enrique. No le echo de menos.

— ¿Por qué? — dijo Enrique desorientado.

— Porque... — tartamudeó Octavia sin acabar de decidirse, — porque... va á venir.

— ¿Va á venir? — prorrumpió el millonario sentándose de repente en el lecho. — ¿Tú sabes lo que dices?

— Sí — contestó ella con serenidad pasmosa. — ¿Qué tiene eso de particular?

Un torbellino de ideas pasó por la imaginación de Enrique. Sintió impulsos de ahogarla. Pero ¿no sería una aberración monstruosa arrebatarle por una sola y leve sospecha? ¿Tenía él derecho á indignarse por lo que á todo el mundo causa complacencia? Y, por otra parte, si aquella mujer le engañaba, si llevaba su disimulo y maldad hasta ofrecerle como consuelo lo que constituía su propia infamia, ¿no merecía desde luego una y cien muertes?

La miró fijamente; pero nada pudo leer en su rostro impasible. Entonces empezó á fingirse la consoladora ilusión de que no era imposible que su ventura fuera cierta, de que bien podía trocarse su destino. Entre el horror y la vergüenza de ser ultrajado y el imponderable placer de mirar perpetuado su nombre, ¿no era más grato, más venturoso aceptar á ojos cerrados la dicha, á reserva de indagar luego si era real ó aparente?

— Octavia — dijo luego que hubo meditado lo que decir se proponía. — No tengo motivo alguno para dudar de tu fidelidad. Así, quiero creer que la ventura que me anuncias es cierta y que ha de servir para estrechar los lazos que nos unen. Quisiera, sin embargo, hacerte una pregunta que deseo no tomes á ofensa. Vas á ser madre. Si, como creo, puesto que tú lo afirmas, ese hijo es mío, seremos tan felices que todo el mundo habrá de envidiarnos. Pero, si por acaso me engañaras,

que no lo creo ni por asomo, si ese niño no fuera mío, si hubieras aprovechado mi breve ausencia para cometer una infame traición, ¿sabes á lo que te expondrías?

— Sí; á la muerte — contestó fríamente Octavia.

— Te equivocas — replicó su marido. — Yo no te mataría, me bastaría con repudiarte, con arrojarle en medio del arroyo como á una mujer sin pudor. Pero haría algo más cruel. Martirizaría hasta causar impunemente la muerte al miserable fruto de tus entrañas.

Una palidez mortal se extendió por el rostro de la culpable.

— Ya te digo — siguió Enrique implacable — que no tengo ningún motivo de duda, que no hay en mis palabras para ti la menor ofensa. Hablo en una desagradable hipótesis, sólo para saborear luego la verdadera, la contraria, nuestra felicidad con el mayor deleite. Sí; si llegara una triste ocasión en que yo adquiriera el convencimiento ó aun la sospecha muy fundada de que había sido objeto de burla, de que tu hijo era fruto del crimen, él pagaría las culpas de todos. Separado de ti, solo con él, porque la ley habría de dejarle bajo mi potestad, sabiendo que todo daño que á él infiriera habrías de sentirlo, que cada golpe sobre él descargado había de sonar en tu corazón, ¡con qué placer, con qué imponderable deleite me compla-

cería en atormentarle! Cada lágrima que él derramara habría de parecerme una satisfacción á mi agravio; cada sollozo suyo, sería un desahogo para mi corazón oprimido; cada lamento un grito de triunfo. Y, en mi poder, sin defensa, encarnando en su miseria y desdicha todos los humanos dolores, se arrastraría á mis pies como una res herida á implorar una compasión que sólo habría de encontrar con la muerte.

Por la frente de Octavia corría el sudor. Quiso hablar y no pudo.

— Pues ¡qué! — siguió el malvado, — ¿puede una mujer miserable, y esto no va contigo, que eres fiel, amante y honrada, arrojar el nombre de un caballero por la ventana, como se arroja un trapo inútil y luego decir á su víctima que es dueño de matarla ó no? Si la mata, él irá bonitamente á presidio, mientras disfruta de la herencia el hijo de su rival, quien acaso halle medio de administrar sus bienes. Si la perdona, acabará por abandonarla, seguramente después de haberle robado ó permanecerá viendo como su marido columpia, como en ciertos cromos ingleses, al hijo del vecino que sonríe en la sombra. No, hijita, no. Todo eso sería demasiado ridículo.

— ¡Enrique...! — balbució la infeliz.

— Pero todo eso no va contigo, querida mía. Así tranquilízate y descansa. Has sufrido hoy demasiadas emociones. Mañana probablemente

abandonaré definitivamente el lecho. Pronto regresaremos á Madrid, y allí ya verás qué felices somos con nuestro hijito. ¡Cómo le vamos á querer! Yo no voy á cansarme de tenerle sobre mis rodillas, oyendo como me llama papá. Va á ser delicioso.

Temblaba la voz de Enrique de mal disimulada rabia. En sus ojos fulgía algo satánico.

Octavia, lívida, levantóse del asiento maquinalmente y dirigióse hacia la puerta.

— Vé, hijita, vé — siguió diciendo el millonario. — Me has hecho muy feliz con tu nueva. Y ahora, cúidate mucho, como lo requiere tu estado.

Octavia salió.

Y Enrique volvió á echarse en el lecho, murmurando con odio y maldad:

— El niño no es mío. Pero sabré deshacerme de él, mejor que del otro.

■■■■■■■■■■